

Plenamente santo

Cuando el periodista inglés Douglas Hyde manifestó a Ignacio Silone el propósito de escribir una vida de don Luis Orione, la respuesta del literato que más ha contribuido a hacer conocer la literatura italiana en el mundo fue ésta: «hagáis lo que hagáis, os suplico que no transforméis al P. Orione en una especie de Beveridge católico (conocido economista inglés). Sería rebajar su estatura. Don Luis Orione se ocupó ciertamente de obras de caridad, como otros muchos, y también de la justicia social. *Su fuerza excepcional hay que ponerla, sin embargo, en el hecho de que en todo lo que hacía él contaba única y completamente con Dios*».

No de otro modo se debe pensar de Don Bosco. Su existencia se explica solamente con Dios; sólo a la luz de su santidad que es, al mismo tiempo, oculta y manifiesta.

Santidad oculta

Durante su vida terrena, Don Bosco se preocupó más de ocultar que de manifestar su santidad. Muchos pasaron a su lado sin apercebirse; e, incluso, cuando su fama de «santo» había ya rebasado los confines de Italia y de Europa, siempre hubo quien le juzgó paradójicamente más intrigante que virtuoso. « ¡Don Bosco! Don Bosco es un embustero -dice el cardenal Ferrieri-, un impostor, un prepotente que quiere imponerse a la S. Congregación (...) Pero, en resumidas cuentas, ¿qué es lo que quiere Don Bosco? No tiene ciencia, no tiene santidad. Hubiera hecho mejor poniéndose bajo la dirección de un Ordinario, sin obstinarse en querer fundar una congregación.» Se le consideraba demasiado «furbo» = pícaro, demasiado «obstinado», demasiado «ávido de dinero», demasiado fácil en «hablar y hacer hablar de sí».

En el mundo de los santos está vigente la ley de la gravedad: los santos se atraen recíprocamente, se comprenden enseguida. Sin embargo, S. Leonardo Murialdo, que conoció a Don Bosco hacia el año 1851, confiesa que tardó en creer en su santidad. Cambió de idea sólo más tarde cuando «empezó a tener confidencias con él», cuando se dio cuenta de que hablaban en su favor «sus obras, que le revelaban como un hombre extraordinario».

Su fama de santidad se había consolidado, por el contrario, en el ambiente del Oratorio desde hacía tiempo. La *Comisión* que se preocupó de tomar nota de los hechos y palabras de Don Bosco que revelasen «algo sobrenatural» en él se remonta al año 1861, cuando él había cumplido hacía poco los cuarenta años. Pero, incluso a aquellos que vivieron con él desde el principio, su «vida -advierde monseñor Cagliero- les parecía ordinaria y común como la de cualquier sacerdote ejemplar».

Don Eugenio Ceria ha escrito: «Pocos hombres han sido tan extraordinarios bajo apariencias tan ordinarias. Tanto en las cosas grandes como en las pequeñas, siempre la misma naturalidad, que en el primer momento no revelaba en él nada más que a un buen sacerdote».

Un «buen sacerdote», ciertamente, pero no tal que hiciera pensar en una gran santidad, en una santidad «canonizable»: «Veía y sabía -decía confidencialmente el P. Gresino- que Don Bosco era un óptimo sacerdote que trabajaba sólo por nosotros y era querido por todos. Pero la idea de posibles procesos o de santidad canónica no rozaba mi mente». Lo mismo sucedió a don Felipe Rinaldi y a otros. La esencia verdadera de su santidad permanecía escondida en su hacer sencillo, simpático y del todo natural. Era su voluntad de no manifestar a otros el secreto de Dios, era su sentido profundo de la humildad, pero era también su manera de ser. El temperamento piomontés huye generalmente de las efusiones intimistas. Cuando el marido, todavía hoy, se dirige a su mujer, es difícil que la llame por su nombre, le dice simplemente «tú». Pero es un «tú» dicho en el lenguaje de Asti, o «allá sobre las altas Langas (montañas del Piamonte) -escribe F. Piccellini- que significa: «escucha», significa vínculos verdaderos.

Don Bosco habló siempre y mucho de sus proyectos, de sus obras; siempre se confió con sencillez a sus hijos: «Con vosotros no tengo secretos»; pero su vida íntima no se la manifestaba a nadie. «Sus páginas autobiográficas -escribe P. Stella-, sus recuerdos personales no son como los de Santa Teresa de Avila, y menos aún como los de Teresa de Lisieux. Son, en gran parte, tardíos y rarísimos -fugaces-, difícilmente se puede sorprender a Don Bosco expresando sus íntimos sentimientos religiosos, las motivaciones de su obrar.»

No sólo estaba en juego su temperamento: el que observa a Don Bosco desde fuera queda impresionado, antes que de su santidad, de su actividad incesante, de su talento organizador, de la Grandiosidad de sus obras. La fachada exterior podía ocultar de este modo la profundidad interior, como muy bien pone de relieve don Eugenio Ceria: «Diremos que en los años de su máxima actividad no todos se dieron cuenta de que Don Bosco era un hombre de oración; más aún, nos atrevemos a decir que no siempre, ni siquiera aquellos que escribieron sobre sus obras, penetraron a fondo en su íntimo espíritu de oración, preocupados en narrar los hechos grandiosos de su vida».

Tampoco el aparente desorden que reinaba en las casas de Don Bosco, durante sus difíciles comienzos, decía nada en favor de su santidad. Quien no conociera la vida de familia que se vivía en Valdocco, donde confraternizaban superiores y alumnos, donde reinaban, soberanos, el temor de Dios y la caridad evangélica, el que tuviera en la mente otros modelos educativos, podría dudar también de que el adoptado por el Santo fuese verdaderamente válido y formativo. «Si Don Bosco tuviese realmente espíritu de piedad -decía para sí el futuro cardenal Parocchi, molestado por el alboroto que formaban los chicos en la sacristía-, debería impedir semejante desorden.»

Monseñor Tortone, delegado oficial de la Santa Sede ante el Gobierno, en su informe, dirigido a la S. Congregación de Obispos y Regulares, el día 6 de agosto de 1868, sobre la marcha del Oratorio, no ocultará su «penosa impresión» experimentada al ver, en el tiempo de recreo, que los jóvenes y clérigos «corrían, jugaban, saltaban e incluso se daban algún coscorrón con poco decoro por parte de unos y con poco o ningún respeto por parte de los otros. El buen Don Bosco, contento con que los clérigos estén recogidos en la iglesia, se preocupa poco de formar su corazón en el verdadero espíritu eclesiástico».

Don Bosco amaba ciertamente las cosas bien hechas, pero jamás fue perfeccionista. Toleraba con bondad y paciencia las exuberancias juveniles de sus colaboradores, contento con advertir en ellos un espíritu de verdadera piedad, amor al trabajo, moralidad a toda prueba. Nadie mejor que él estaba tan convencido de que las cosas no nacen ni perfectas ni adultas: sus empresas comenzaban generalmente con cierto desorden, pero terminaban en el más perfecto orden.

Decía en 1875: «En los primeros tiempos del Oratorio sucedían no pocos desórdenes yo veía estos desórdenes, advertía al que lo necesitaba, pero dejaba que se fuese adelante como se podía porque no se trataba de la ofensa de Dios. Si hubiera querido acabar con los diversos inconvenientes de una vez, hubiera tenido que mandar fuera a todos los jóvenes y cerrar el Oratorio; porque los clérigos no se hubieran adaptado a un nuevo régimen. Soplaban siempre cierto aire de independencia que no consentía trabas».

Don Juan Bonetti hubiera querido que en su colegio todo marchara a perfección. Don Bosco le escribía: «Lo óptimo es lo que deseamos», pero añadía con realismo: «Sin embargo, debemos contentarnos con lo mediocre, en medio de tantos males». A don José Cafasso que insistía: «El bien hay que hacerlo bien», le respondía convencido: «A veces basta hacer el bien a la buena en medio de tantas dificultades».

Su frecuente afirmación: «Lo óptimo es enemigo de lo bueno», interpreta realmente una de sus convicciones más radicales sobre la vida. La manía de lo perfecto jamás paralizó sus iniciativas. Siempre juzgó más útil para la causa del Reino hacer el bien, aunque fuera a la buena, que diferirlo en vista de un futuro hipotético «mejor». También con un limón de desecho se puede hacer una limonada pasable. Con personas mediocres el Santo sabía hacer maravillas.

Diremos, finalmente, que ciertas maneras de actuar del Santo, ingenioso y desenvuelto, su misma forma de presentarse en público, no siempre eran tales que pudieran dar la medida exacta de su santidad.

La señora Beaulieu de Niza, que había conocido al santo Cura de Ars, estaba convencida de haberse formado una justa idea de la santidad. Quedó sorprendida cuando, al participar en un banquete, en honor de Don Bosco, lo vio levantarse con el vaso en la mano y brindar alegremente en honor de los convidados. «¿Es éste un santo?», pensaba para sí. Cambió de idea cuando sintió que le decían amablemente: «Sea que comáis, sea que bebáis, hacedlo todo en el nombre del Señor».

Cuando el benedictino Mocquereau lo vio delante de sí, «con la barba sin afeitar, largos y despeinados cabellos que se movían con desorden en todas direcciones, y con vestidos deteriorados ... », se llevó una impresión más bien decepcionante: «Aquel primer momento fue para mí puramente natural».

Pero quien no se dejara llevar de la primera impresión, y lo observara más atentamente, sobre todo en el último período de su vida no tendría dificultad en descubrir en su rostro «la estampa de un hombre creado por Dios para algo muy importante (...). Lo que impresionaba en él era la maravilla de su sonrisa, sus ojos vivos y un aire de bondad superior y de... voluntad indomable» (Saint Genert, corresponsal *del Figaro*).

Santidad manifiesta

Santidad escondida y al mismo tiempo manifiesta; ésta es otra de tantas paradojas de la vida de Don Bosco. Por temperamento y por deliberado espíritu de humildad, escondía su mundo interior, ocultaba lo mejor de sí; pero su santidad relampagueaba en sus ojos, se filtraba como la luz a través del alabastro de toda su persona; se podía descubrir en el conjunto de su comportamiento. Como el artista estampa su impronta en sus obras, del mismo modo había dejado Don Bosco la impronta de su santidad en todo lo que había pensado, hablado, escrito y hecho o mandado hacer. La bondad del árbol se juzga por sus frutos; la bondad de las obras, por la santidad. Las obras son otras tantas lumbreras por las que la Iglesia se adentra en el alma de los santos y valora su heroísmo evangélico.

Las miles de páginas de las actas del proceso son un elocuente himno a las virtudes de Don Bosco. Estudiando la causa, los consultores y jueces no tardaron en darse cuenta de que si, aparentemente, su vida parecía derramada en mil actividades exteriores, en realidad tenía únicamente a Dios y sólo a Dios como centro de gravitación suprema. Era muy cierto cuanto sobre Don Bosco escribía don Pablo Albera: «Si el trabajar siempre hasta la muerte es el primer artículo del código salesiano escrito por él (Don Bosco) más con el ejemplo que con las palabras, el ponerse en brazos de Dios y no alejarse jamás fue su actividad más perfecta».

Resultaba evidente que en la raíz de su actividad multiforme existían únicamente razones de orden sobrenatural: su total adhesión a Cristo, a su Espíritu, a la Iglesia. Y resultaba todavía más evidente que la riqueza de su intimidad con Dios no había conocido tregua, habiéndose intensificado hasta invadir, de la manera más absoluta y trasparente, toda su vida.

Se ha dicho que todos los santos son, en sentido figurado, hijos del período gótico: llenos de la infinita aspiración hacia lo alto, y para quienes lo suficiente jamás es suficiente. Así se revela Don Bosco. «Me siento feliz -escribía el cardenal Vives y Tutó, ponente de la causa- por haber tenido que estudiar a fondo la vida de Don Bosco, porque he podido conocer que es un gran santo. Lo he tocado con la mano: ¡iqué tesoros de virtud! Un amor a la Virgen que iguala al de los más grandes santos; un amor a la Pasión que le ahogaba el pecho y, como contraseña infalible de santidad, lo extraordinario en lo ordinario, de suerte que nada se transparentaba al exterior en su vida común. He estudiado mucho la vida de Don Bosco y su figura me parece cada vez más providencial.»

«He deshojado muchos procesos de causas -dirá también-, pero no he encontrado ninguno tan desbordante de espíritu sobrenatural.»

A su vez, el Promotor de la fe, el futuro cardenal Salotti, habiendo profundizado en el conocimiento de la vida de Don Bosco, confesaba que estaba impresionado, no tanto por su «prodigioso apostolado» cuanto por el edificio sabio y sublime de su «perfección cristiana». Y añadía, dirigiéndose a S. Pío X: «Padre Santo, si todos tuvieran un conocimiento íntimo y completo de esta faceta de la figura de Don Bosco, cuánto mejor sería apreciado este hombre, que ya goza de una estimación tan profunda y universal».

«Dios es admirable desde su santuario», dice el salmo. Más admirable y rico es, sin embargo, el templo que El mismo se edifica con las piedras vivas y elegidas que son sus santos. Don Bosco es una de estas piedras, más aún, es piedra angular por su papel de fundador y por ser la raíz de una gran descendencia espiritual. «Para encontrar otra figura de las mismas proporciones de Don Bosco -afirma el cardenal Schuster- hay que remontarse varios siglos en la historia de la Iglesia hasta llegar a los santos fundadores de las grandes Ordenes religiosas.»